

LA LIDIA

REVISTA TAURINA ILUSTRADA

Administración: Calle del Arenal, 27. — Madrid.

PRECIOS PARA LA VENTA	PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	NÚMEROS ATRASADOS
25 núms. ordinarios..... Ptas. 2,50	Madrid: trimestre..... Ptas. 2,50	Ordinario..... Ptas. 0,25
25 » extraordinarios. » 5	Provincias: » » 3	Extraordinario..... » 0,50
	Extranjero: año..... » 15	

Quedan reservados todos los derechos de reproducción.

Numero extraordinario. ¡ MADRID: Lunes 29 de Mayo de 1899. ¡ Precio: 30 céntimos.

AÑO XVIII

NÚMERO 9

SORTEENSE LOS TOREROS

UNA de las innovaciones de Mazzantini, la que con más tesón defiende desde que se retiraron los célebres Rafael y Salvador, ó sea desde que por antigüedad ocupa el primer puesto, y la más perjudicial de cuantas ha introducido en la moderna torería, es la de exigir el sorteo de los toros.

Exigencia tan generalizada, que á excepción de Guerra y Bombita, los espadas escriturados para el presente año (incluso los que aún deberían funcionar como novilleros), estipularon dicha condición en sus contratos, por desconocer la empresa el perjuicio que esto causa á veces para el buen resultado de una corrida.

Estos espadas de algún modo tenían que justificar su pretensión, y creen ocultar el miedo á los pitones diciendo: piden el sorteo de los toros porque el ganadero X ó Z protege al espada A ó B, para quien manda las reses que han de conservar más bravura á la hora de la muerte.

Disculpa que queda rebatida, puesto que el sorteo lo pide el apoderado de los diestros después de entrado del orden en que vienen colocados los toros; pero hay más, y conveniente es consignarlo, por si los amigos de los toreros gustan pensar sobre ello.

El dueño de las reses podrá tener alguna más confianza en determinado toro, fundándose, por ejemplo, en que otro hijo de la misma vaca que aquél, fué superior, y por la faena que hiciera cuando de eral lo tentaron.

Datos son para esperar de cada 100 toros cumplan 80 en la suerte de varas; pero de esto á acertar si el bicho saldrá rematando en los tableros, y en un palmo de terreno llevará á cabo su pelea ó la hará suelto; si tendrá ó no cabeza; si será vo untario ó tardo; si derrotará ó ha de quedarse dormido bajo el palo; si será certero para herir ó matará los caballos, como los buenos toros, de cinchas atrás; si abanto y por exceso de facultades, tomará la barrera ó lo hará de codicioso, etc., etc. En suma: ¿puede el criador suponer las condiciones en que cualquier bicho ha de llevar á cabo la quimera?

De ningún modo. Y si esto es con respecto á la suerte de detener, ¿cómo quieren los incautos aficionados sepa nadie en qué estado llegará el bicho al último tercio? Siendo así que un puyazo mal puesto, una banderilla á veces, y hasta un capotazo inoportuno, hacen cambiar por completo las condiciones de un toro; y no digo nada si por efecto de lo que sufren en los cajones, al ser conducidos, se resiente y busca la defensa. ¿Va el ganadero á saber también si la presidencia adelanta ó retrasa el cambio de suerte?

Dependiendo muy principalmente de la lidia que se da al toro el que éste llegue á muerte mejor ó peor, ¿quién es el que atreverse puede á pronosticar, hasta después de tomadas las primeras varas, la faena probable en el último tercio?

No, y mil veces no. Creo haberlo dicho en otra ocasión, y he de repetirlo aquí. El público, y aquellos diestros que por desconocer las diferentes condiciones de los toros, ignoran la lidia que á cada uno debe

darse, se fijan en que de los que tocan á Guerra son los menos los que no le dejan colocar, y creen que esto consiste en que el ganadero dispuso para este matador los mejores de la corrida, y no es eso: allá va la razón.

Esto obedece á que Rafael — á su modo ¿eh? — como igualmente cuantos toreros habilidosos existieron, cuenta con la inteligencia necesaria para dar á cada bicho lo que pide, y á fuerza de consentirlos se hace pronto con el enemigo, circunstancia la más precisa para sacar partido de aquél.

Así vemos que de un animal mansurrón, con tendencias á irse, tanto lo empapa con la muleta, que consigue Rafael recogerlo, que se rehaga algo, lo suficiente para que iguale y entrarlo á matar; mientras que otros espadas ignoran esto, ó si lo saben, su escasa confianza para dominar con el engaño hace no se arrimen y bailen delante de la cara del contrario, dos ó tres figuras imperfectas del *minué*. El resultado ya se sabe: aburrir cada vez más al enemigo, y que acentúe éste su defecto á la huida.

A los que saben ver toros no pasan desapercibidas las faenas que Rafael ejecuta con los bichos mansurrone; pero aquellos espectadores que no cuentan con dicha circunstancia, para que se enteren de la mansedumbre del buey, necesario es haga éste la noria, barbeando los tableros.

La mejor condición, para mi gusto se entiere, y la única que le concedo al Guerra superior á cuantos matadores he tenido ocasión de ver, es la que antes digo. Casos mil podría citar en que Rafael se hizo cargo de un mansurrón y consiguió sujetarlo.

Recuerden ustedes lo ocurrido este año en la corrida de Adalid con el toro del Duque que substituyó al desechado de la vacada andaluza, y que rompió plaza. Recuerden, repito, cómo llegó aquél á muerte, queriéndose ir del mundo, amparándose en las tablas, ¿y dónde lo mató Guerra? ¿En el mismísimo centro del ruedo!

Cito este caso por ser reciente, y tan descarado, que no creo hubiera espectador que dejara de apercibirse.

Ese es, y no otro, el secreto por qué al cordobés le tocan menos número de toros malos; y no hay que olvidar la circunstancia importantísima de cómo lleva la lidia en los que le pertenecen.

Ahora bien; que los ganaderos den *la coba* á este diestro, diciéndole traen para él los mejores bichos, no habremos de negarlo, porque su influencia con las empresas es mucha; pero desde aquí, y en secreto, diré á ustedes que si yo fuera ganadero, el toro de la corrida en que trajera menos confianza, ese se lo echaría á Rafael.

Es decir, lo contrario de lo que ustedes piensan. ¿Saben por qué? Porque Guerra, con su habilidad supliría la escasa bravura del bicho, y los otros espadas, toreándolo despegado, contribuirían á que aquél mostrara más á las claras su mansedumbre.

¡Ah, si posible fuera que los criadores de reses bravas hablaran!

Hay quien cree escogen para Guerra los mejores, para que con sus filigranas, luzca determinado toro en muerte. Aparte de que esto último puede hacerlo Rafael como pocos, sería lo bastante para no criticar á el ganadero; pero razones voy á exponer que dan lugar á pensar en contrario, y siempre en el supuesto

de que al dueño de las reses le fuera dable conocer la faena de sus toros en muerte.

No niego qué gran crédito es para la vacada el que un toro aguante el tercio último con excesiva nobleza, pero esa circunstancia aprécianla sólo los inteligentes, que son los menos; para los demás aficionados, con que el toro luzca en varas, ya no culpan á la casta del mal resultado de última hora, como no esté hecho un solemnísimos buey.

Adquieran los espadas todos la inteligencia que posee Guerra, y ríanse de los sorteos como se ríe Rafael, por su dominio, y Bombita por su mucha valentía, no obstante ser éste el más moderno, y tocarle, por tanto, de últimas, uno de los toros de menos confianza; y mientras pierden ese miedo los partidarios al sorteo, allá va una idea que se me ocurre y que seguro estoy soltarán la carajada cuando la conozcan; pero aun así, paso á exponerla, para que la afición razone acerca de ella.

La cosa trae miga, pero tengan la bondad de pensarlo despacio, que quizá llegue día en que sea necesario ponerla en práctica.

Conformes de toda conformidad, en que el sorteo — si lo exige el último espada sobre todo — es medida muy equitativa y justa, no por lo que dicen los ilusos que creen desbaratar con ello componendas de los criadores, sino porque en las cosas de toros juega papel importante la suerte, y convendría sujetarse á ella siempre y cuando pueda llevarse á cabo sin perjuicio de tercero.

En la forma que hoy se hace le hay muy grande, no sólo para el ganadero si que también para el público que quiere ver lidiar la corrida en la forma dispuesta por aquél.

Sabido es que los criadores de reses, y de éstos los de más conciencia, mandan para cada corrida cuatro toros de buena nota y dos endeble; pues si estos dos la suerte los destina para ocupar los dos primeros lugares y los quemar, ¿qué ocurriría después?

Con tal principio de corrida, aun cuando los cuatro restantes trajeran lumbre por sangre, el público, pre-dispuesto ya en contra del ganado, sería imposible se rehiciera, y al verlos asomar por la puerta del chiquero, pedirían fuego para ellos.

¿No sería lástima ver lidiar de último de la corrida á un toro como el quinto de D. Joaquín P. de la Concha, el *Barroso*, que recordarán ustedes fué tan superior, que en la presente temporada es el que se ha llevado la bandera?

Así como el comerciante al exhibir el género procura hacerlo en las mejores condiciones, lógico es que al dueño de las reses no se le quite el derecho que siempre tuvo de presentar sus toros en las condiciones que él crea más favorables.

No es lo mismo adquirir una pieza de tela, de la que su nuevo dueño puede hacer el uso que crea conveniente, lo que no ocurre con el ganado bravo adquirido para corridas.

Gran negocio sería el comprar una corrida y enajenar luego los toros para sementales, por ejemplo.

Desde el momento que el ganadero vende los toros pasa á ser propiedad de la empresa la vida de éstos; pero de la sangre que llevan dentro responde el cria-

dor, y bajo la custodia del conocedor de la vacada ó persona de su confianza, siguen, si bien por cuenta de la empresa, hasta que son muertos.

¿Qué ocurre cuando á alguno de los toros le perdonan la vida? Que el ganadero abona el importe de las carnes y se lo lleva.

¿Qué, cuando es suspendida una función? Pues que tiene derecho á llevarse los toros á sus cerrados.

Pues bien: lo que viene ocurriendo de poco tiempo á esta parte con motivo de los sorteos es inicuo, y deseando buscar esa justa equidad que quieren los modernos toreros, voy á proponerles la forma de conseguirlo, respetando al mismo tiempo el legítimo derecho del ganadero y sin que perjudiquen al público.

¿Cómo? El título de este artículo lo dice:

Sortéense los toreros.

El dueño de las reses ordena cómo han de correrse aquéllas. El público, que es quien sostiene el espectáculo, por tanto el número UNO y por quien abogamos, como siempre, en cumplimiento de nuestro deber, resulta satisfecho, y una vez enchiqueradas, los espadas que se sorteen por el orden en que han de matar.

Lo equitativo es esto. El ganadero dispone de lo que es suyo y los espadas también, descomponiendo así esas supuestas componendas de los primeros.

La idea no es impracticable; la dirección del ruedo puede seguir bajo la orden del primer espada, ó en cada toro que la lleve el matador que le corresponda.

¿La antigüedad! me dirán. Eso ¿para qué sirve? ¿No tienen derecho á cedérsela los espadas ellos entre sí? Para provocar cuestiones tontas como la habida recientemente; para eso únicamente sirve. El que se arrima, moderno ó antiguo, toros tiene, y el que no, ahora y siempre se quedó en su casa.

Además: ¿qué ocurre cuando un diestro toma la alternativa? ¿No mata el novel espada el primero y el más antiguo el tercero? ¿Qué, cuando se retira el más moderno á la enfermería? Que mata el último el más antiguo y no por ello se estropea la corrida, como si ocurre, repito, por el sistema que hoy se viene practicando.

Haces

LAS CORRIDAS DE BENEFICENCIA

Las fiestas de toros tenían todas el carácter de Beneficencia, mientras se efectuaron por cuenta de la Junta de Hospitales, y los rendimientos que daban se aplicaban á subvenir á las necesidades del Establecimiento benéfico, que fué el objeto que movió al Rey D. Fernando VI á edificar la plaza y donarla á la Junta indicada.

Como por diferentes causas hubo precisión de que la Junta de Hospitales arrendase á sociedades ó particulares la explotación de la plaza, y los productos de estos arrendamientos eran exigüos, al arrendarla por los últimos años de la primera mitad del corriente siglo, puso la Junta, como una de las cláusulas del contrato (cláusula de que posteriormente no se ha prescindido una sola vez), la de que anualmente había de celebrarse una corrida á beneficio del Hospital, destinando al objeto todos los productos de la fiesta.

Para que este producto fuera lo importante que merecía y el mayor posible, se rodeó al espectáculo de gran aparato, y se aunaron los más valiosos elementos de que era posible disponer.

La plaza se adornaba, y se empleaban en la fiesta moñas, banderillas, atalajes, etc., de lujo, regalando las moñas las más aristocráticas damas, y costeando los demás objetos diferentes personas.

En ese día las señoras iban á la plaza luciendo los más elegantes trajes, la clásica mantilla española, y adornos en armonía con el tocado, y que realizaba la belleza de sus encantadores rostros.

Los lidiadores, que siempre y en todos los tiempos se mostraron solícitos para secundar las grandes obras en que el pobre y el desvalido haya de salir beneficiado, y más aún los que estaban al amparo de un establecimiento que tenía reservada exclusivamente para los diestros una sala donde se les atendía con solicitud en las enfermedades y percances de lidia, sin retribución alguna, se brindaban y hasta ponían en juego grandes influencias para trabajar gratuitamente en esas corridas benéficas.

Los ganaderos, por su parte, contribuían también al objeto donando reses ó cantidades de las que habían de percibir de los organizadores de la fiesta, y no faltaban personas de todas las clases de la sociedad que hiciesen, á su vez, grandes donativos.

Pero desde hace algunos años, ya ni por unos ni por otros hay el entusiasmo que existía antiguamente, y hoy cobran todos los que en ella intervienen; los toreros porque ha desaparecido del Hospital la antigua sala á ellos destinada; los ganaderos por causas que no es del caso enumerar, y el público porque han ido aumentando los precios de las localida-

des de tal modo, que se necesita ser un potentado para asistir á estas fiestas aun logrando obtener los billetes á su precio, porque de otro modo, acaparándolos los paniaguados de los que las organizan, es imposible.

Y quien con esto sale perjudicado es el Hospital á cuyo beneficio se organizan.

La primera corrida de Beneficencia que se celebró tuvo efecto el día 24 de Octubre de 1850, y en ella se lidiaron cinco toros de los duques de Osuna y Veragua, uno de don Manuel Aleas, otro de D. Elías Gómez, y otro de esta última ganadería, mógón del derecho, regalo del ganadero, y en ella trabajaron gratis las cuadrillas de José Redondo (el Chiclanero), Julián Cisas y Cayetano Sanz.

Desde dicho año hasta la fecha se han efectuado en Madrid 46 corridas de las referidas; de ellas 21 en la plaza vieja y las restantes en la nueva.

En la corrida de Beneficencia celebrada el 23 de Mayo de 1875 tomó la alternativa Cara-ancha, y fué muerto el banderillero Mariano Canet (Llusio).

Una de las corridas de Beneficencia que no olvidarán seguramente los aficionados, fué la efectuada el 4 de Junio de 1882, en la que tomaron parte Lagartijo, Frascuelo Felipe García y Machío, cuyas faenas fueron todas excelentes y muy especialmente las de los dos primeros, que entusiasmaron al público hasta lo increíble. En dicha corrida se lidiaron cuatro toros de Veragua y cuatro de Muruve.

LEOPOLDO VÁZQUEZ

INDUMENTARIA

Poco á poco han ido desapareciendo de los carteles de toros ciertas notas y advertencias, que si tuvieron su utilidad y hasta fueron necesarias en su tiempo, sólo se conservaron hasta mucho después, por una veneración y respeto á lo antiguo, más marcados que en nadie, en los adeptos á nuestra característica fiesta.

De años acá, las veneraciones se fueron borrando de nuestras costumbres; sólo se respetó lo que pudiera producir un provecho inmediato: y en los programas de toros faltó ya el largo catálogo de prescripciones relacionadas con reglamentos no observados, ó en usos echados por completo en olvido, tales, por ejemplo, como el de seguir llamando medias corridas á las que sólo eran tales cuando se daba una mitad por la mañana y otra por la tarde.

La Diputación, sin embargo, al anunciar la de Beneficencia, no ha querido faltar por completo á la tradición; y en el cartel de este año, penúltimo del siglo para los mejor informados, y último según otros, ha puesto á guisa de reclamo una especie de apostilla, advirtiendo que las cuadrillas sacarán al ruedo sus más ricos y vistosos trajes.

Cosa que claro es, hoy causa risa á cualquiera, y que sin embargo, hace no mucho, poco más de media centuria, que era cuando no faltaba en tales casos la supradicha nota, tenía su lógica y natural aplicación.

Porque eso de que veamos en la más modesta de las novilladas de invierno á matadores y banderilleros luciendo ternos flamantes cargados de costosas guarniciones de oro, es cosa relativamente muy nueva.

Ahora el espada de alternativa más modesto no puede menos de estrenar un par de trajes al año, y esos trajes no se crea que son de pacotilla, sino cortados por el mismo sastre que hizo los suyos á Guerra y Mazzantini, y variando muy poco, si varían algo, los precios de lo que cuestan los de aquéllos.

Cosa que contrasta, por ejemplo, con una revista que tengo ante los ojos, no por cierto muy vieja, del año cuarenta y tantos, en que estoqueaban el Barbero, Cúchares y Antonio del Río, y en que el cronista de la fiesta se explica el que todos los diestros sacaran «las chaquetillas deslucidas y los alamares y monillos deshilados y enmohecidos» por estar ya á los fines de la temporada, esto es, á 8 de Octubre, que era el día en que se daba la fiesta.

Lo cual después de todo tenía sus ventajas, puesto que esto servía para hacer resaltar la majaza de los lidiadores, cuando éstos en las ocasiones solemnes se decidían á echar la casa

por la ventana, como pongo por caso sucedió en una corrida extraordinaria que se dió en la plaza de Madrid el 12 de Octubre de 1843, para que asistieran á ella la entonces joven reina Isabel y su hermana la serenísima infanta D.^a María Luisa Fernanda.

Entonces no sólo Francisco Arjona Guillén, Manuel Díaz (Lavi) y Juan Martín (la Santera), sino hasta picadores, banderilleros y chulos, hicieron en el vestir tales alardes de boato y gala, que el revistero que con el seudónimo de *Pantojilla* firmaba la reseña de uno de los diarios entonces de mayor circulación, no encuentra frases bastantes á encomiar el lucido golpe de vista que presentaba el ruedo.

Y sin embargo, tanto lujo estaba reducido á no verse ni una sola lentejuela de ese oro de que ahora es frecuente, que hasta los cacheteros se engalanan.

Prueba de ello es que el historiador de la corrida empieza por confesar que la plata sobre claro era lo que dominaba, añadiendo á renglón seguido:

«Cúchares iba de lila tornasolado con mucha plata y caireles; Juan Martín con calzón de achote y chupa de caña con adornos de argentería, ciñendo ambos pañolillos y fajas azules, y Lavi vestía de rosa y plata, siendo más desmayado el calor de la chaquetilla.»

«Entré los muchachos — sigue el revistero — cuáles los hubo de negro, cuáles de azul, éste de verde y aquél de franciscano, con cintaje y alamares colorados unos y otros del color de los campos ó de los matices de un claro cielo, no faltando alguno que sobre seda caña luciera botoncillos y borlas de plata mezclado todo ello con otros colores.»

Datos todos que prueban que si cuando se sacaba el fondo del cofre, no se pasaba de ahí; no es mucho que toreros de altísimo renombre, por ganar menos que hoy gana cualquier novillero adocenado se hicieran de ordinario acreedores á la censura por presentarse en el redondel con «chupetines deshilados y caireles ennegrecidos por la acción del tiempo»; ni es de extrañar que entonces, cuando se quería llamar la atención del público, se pusieran en los carteles notas como la conservada hoy con tan religioso respeto por la Diputación provincial.

Aparte de esto, detalles como los que acabo de exponer, y que á poco que se busquen son de facilísimo encuentro en otra medida y con más amplia extensión, ¿no creen ustedes que sean de utilidad reconocidísima?

Indudablemente que lo sería, sobre todo para los artistas.

Hay la general creencia que el vestido que usan los toreros en la lidia desde que abandonaron en los comienzos de siglo la chaqueta de aldetas, la redecilla y el castoreño ó el sombrero de medio queso, no ha sufrido sino alteraciones muy ligeras, y no es así.

Entre una chaquetilla seda brochada, perteneciente á D. Rafael de Guzmán, y que si no recuerdo mal conserva José Bayard en su estimable museo, y las que hoy cortan Retana ó Trevijano, hay todavía menos paridad que entre uno de aquellos fraques-casacas de cola de pichón que tanta fama dieron á Utrilla, y el *smokin* que usan los sucesores de los petimetres de 1820, ó de los lechuguinos del 40.

Cosa en que se han fijado hasta ahora tan poco nuestros pintores, que cuadros he visto en que se reproducen escenas de los tiempos de Curro Guillén y de Roque Miranda, en que los personajes que figuran en ellos, podrían salir sin caer en el ridículo, en esa misma corrida en que la Diputación advierte que los diestros sacarán los más ricos y vistosos trajes. Y ahora que tanto se afina en los asuntos de indumentaria, no me parece inútil fijarse en tales detalles.

ANGEL R. CHAVES.



FUENTES

(PERFIL TAURINO)

Es una de las más interesantes figuras del toreo contemporáneo, y que por lo mismo que no ha tenido entrada en la combinación de la corrida de Beneficencia, dedicamos el presente número extraordinario en su obsequio, con el fin de que en nuestras crónicas ocupe el lugar que por sus méritos le corresponde; al lado, si no personalmente, en recuerdo al menos de sus compañeros, los actores de la fiesta benéfica del año actual.

Fuentes, que como la generalidad, tiene sus precedentes oscuros y penosos, surge, sin embargo, a la tauromaquia, casi de repente y casi hecho. Su nombre suena poco por aquí en esos ensayos preparatorios que van empujando a los que tienen condiciones para ello, hacia la jefatura en el ramo en que consiguen distinguirse.

Algunas veces, escasas por cierto, aparece con un maestro en el arte, con Cara-ancha, como banderillero de buena escuela y discreto peón. Y esto es todo, hasta que un día, en uno de los carteles de toros, se lee, entre otras cosas, lo siguiente: *Antonio Fuentes, que tomará la alternativa.*

— Uno más — dicen los indiferentes. — Tiene buena maña ¡veremos! — exclaman los observadores. — Y hace sus primeras armas sin gloria ni vilipendio, y el público le admite sin oposición y sin entusiasmo. Pero llega una jornada memorable; un compañero sucumbe en el ejercicio de su arriesgada profesión; el malestar y el disgusto se extienden por las graderías, y el pánico se enseñorea del redondel; es de absoluta necesidad que alguien domine la situación, se haga superior en la escena de duelo que obscurece la brillante y alegre fiesta; y como si de los últimos estertores de un moribundo naciesen los primeros latidos de una vida nueva, del inanimado cuerpo de Manuel García sale la animada personalidad de Antonio Fuentes. Es como el conocido caso de nuestro arte literario: la muerte de Larra, es la vida de Zorrilla...

El hombre, sobreponiéndose por natural impulso a las grandes catástrofes, suele triunfar en ellas por espontáneo esfuerzo. Puede suceder lógicamente, sin embargo, que la misma magnitud de él agote por algún tiempo sus energías o le suma en un pasajero masas del que forzosamente habrá de reaccionarse. ¿Será esto aplicable a las alternativas de la figura que perfilamos?

Reacción que en este caso no se ha hecho esperar. La figura ha ido acentuándose, desenvolviéndose, ensanchándose, creciéndose y saliéndose del marco en que quedan encerradas las obras que por su vulgaridad no tienen fuerza suficiente para romperlo, y hoy es una de las figuras mejor perfiladas del arte taurino.

Atezada, erguida, correcta y elegante, con ambiente propio, y el necesario en el círculo en que se mueve, pisa la arena con esa difícil facilidad, con ese especialísimo sello característico que hace exclamar, aun a los que por primera vez estudian los rasgos artísticos de un organismo desconocido: *¡Esó es un torero!*

Y lo es en estos momentos. Podrá discutirse más o menos, podrá apreciarse con mayor ó menor acierto su condición de matador de toros, pero su calidad de torero no la pondrá en duda nadie que se halle un tanto familiarizado con los procedimientos tauromáquicos. Si la exigida quietud de pies y el oportuno juego de brazos son las bases principales para un toreo clásico y elegante, circunstancias son éstas que posee Fuentes en no despreciables proporciones. Ayúdale para ello, de una manera esencial, un busto siempre recto y erguido, que por su invariable rigidez, si se permite la frase, ha llegado hasta el punto de que se considere en él el más ligero encorvamiento como una inverosimilitud.

De aquí que su figura ante la res resulte forzosamente airosa y elegante, ya jugando el capote en acompañados lances, ya corriendo la muleta por los lomos del cornúpeto, ó ya haciéndola girar en completa circunferencia, todo incluido en una factura de variedad y elegancia.

Fuentes, además, como torero excepcional y con la conciencia de su valía, si no ha inventado, ha modificado algo; labor reservada únicamente a los maestros. Ya se comprenderá que nos referimos al quiebro en banderillas. El nuevo procedimiento adoptado por el diestro en este punto, sobre no perjudicar en nada al lucimiento de la suerte, generaliza y facilita ésta indudablemente. Antes, y para practicarla, precisaba que el toro fuese muy boyante, y que arrancase con muchos pies hacia el banderillero; ahora y merced a la modificación introducida por el espada sevillano, se la hemos visto ejecutar hasta con toros quedados. El cite desde largo y a la carrera, suspendiendo ésta a corta distancia del bicho y cuando ya ha reconcentrado toda su atención en el bulto que avanza, es de resultado casi seguro. Son pocos los toros que no arrancan. Es decir, que de esta manera se obliga más a la res; de donde resulta que, mediante ella, la suerte de banderillas al quiebro presenta desde hoy un nuevo aspecto, que la hace más obligada y más frecuente...

Y vaya un lunar. Antonio Fuentes es uno de los espadas más indecisos entre los de su categoría. Lo es

con la muleta, cosa casi incomprensible, maneándola con tanto arte é inteligencia, y sabiendo tan bien como sabe despegarse los toros, y lo es con el acero, llegando como llega con la mano al morrillo y dejándolo clavado en la misma cruz.

¿Por qué esa indecisión?

Misterios del organismo...

El día que desaparezca podrá decirse con justicia: ¡DE LOS PRIMEROS!

MARIANO DEL TODO Y HERRERO

EL IMPERIO DE LA VERDAD

I

YA estamos nuevamente en la brecha, dispuestos como siempre a mirar al arte, no a los hombres de él.

Porque no hay que confundir dos cosas opuestas, si algo ha de resultar sano, y más que sano, lógico. Si en la enseñanza no hay verdadera sinceridad, si la crítica se hace a medias, y por no ir contra la corriente hemos de envolvernos en la impetuosidad de la misma, yendo, no por el cauce natural, sino por llanos y bajos terrenos, valdría más enmudecer y dejar que se consuma la obra destructora que tan porfiada como tenazmente viene haciendo la loca afición, su que se dé un punto de reposo, sin que se aperciba de su iniquidad, empeñada en que lo blanco sea negro y viceversa.

Es un fenómeno lo que viene sucediendo en la prensa llamada profesional. Aparecen de cuando en cuando juicios que claman por la regeneración de nuestra cada vez más decaída fiesta, y esos mismos que se erigen en Aristarcos cuando suben los peldaños de la cátedra, son precisamente los que al reseñar las actuales lides, apuran el diccionario de los elogios, hallando toreros magistrales, y toros que no tienen nada que envidiar a los que antiguamente salían a las plazas.

¿Es eso ser escritor serio? ¿Es así como ha de llegarse a la regeneración del espectáculo, por la cual suspiramos?

Dispuestos a censurar en un lado y aplaudir en otro, ¿qué autoridad ni qué inteligencia hemos de conceder a tales escritores que demuestran tener doble naturaleza y doble criterio?

¿Es que son cosas distintas hablar impersonalmente y señalar por sus nombres a cuantos intervienen en la lid taurina?

No hay duda; en la prensa tauromáca se produce el mismo vergonzoso escándalo que con asco venimos presenciando en clases llamadas a robustecer la dignidad y el crédito de la nación; también, si, también se necesita que se formen tribunales de honor que expulsen a cuantos hacen mal uso de su pluma, vendiéndola a veces, empeñándola a la amistad, y como remate, haciendo cómico alardé de su conducta, porque hay que vivir sea como sea, y defendiéndolo todo ó atacando parte según estipendio, según mala voluntad.

Los que obran así son conocidos, son de todas partes, y los que más bullen y se entrometen prometiendo y aconsejando, dándose de eminentes y dueños de las columnas de tantos y más cuantos periódicos

¿Cómo no se cierran para ellos las puertas de todas las redacciones? ¿Cómo no van al cesto de los papeles inútiles sus escritos, plagados de errores y mala fe?

¿Será que la ambición de ampliar por todos lados el informismo, el deseo de ganar por la mano a otras empresas periodísticas, ó servir la causa de alguien, hagan cerrar los ojos y no poner coto a los abusos? Indudablemente de todo hay en la *viña del toreo*.

Consecuencia funesta, mal gravísimo es el que invade al periodismo tauromáca.

Falta mucho, pero mucho que andar, para que se llegue al punto claro y despejado que en balde ansia la afición seria y sensata, la que detesta el embusterrismo, la que siente náuseas de las sandeces que esperece la prensa para que hayamos llegado al extremo de que, chicos que lo ignoran casi todo, sienten plaza de críticos, ó muchos desocupados, por esas provincias, se hagan de golpe y porrazo revisteros, sin conocer siquiera la gramática. Y que no hablamos de memoria, porque si no fuese por la mano ajena que enmienda muchas atrocidades contra la sintaxis, sería cosa de no poder leer lo que *pedescriben* muchos que presumen hasta de literatos. Para esos caballeritos críticos y revisteros, habría que emplear el juicio sumarisimo y despacharlos con sus mismas armas.

Hablan, por ejemplo, del picador Zetano, que es una notabilidad y que puso tantas y más varas, y le preguntáramos: ¿y ustedes saben qué se entiende por buenas varas; en qué circunstancias se pusieron y en qué sitio del toro, y si hubo ó no todo el conocimiento y la propiedad que requiere el arte para hacer las suertes con la debida defensa del caballo, con la justa reunión del jinete, con el momento preciso para montar la garrocha, dar á ésta la dirección precisa, y una porción de detalles más, para que se diga si es un diestro el que ejecutó la suerte ó un bruto que se dispuso rodar por el suelo al menor esfuerzo del toro, ó salir dando trechas por el lomo ó cuarto trasero de la res?

Hay que distinguir tanto en eso de picar, que cada día que pasa se va borrando, como con goma, todo lo que caracteriza la bondad y mérito incuestionable de la suerte.

Porque los críticos también están borrados, deseáramos que en vez de proseguir con esa dición ya manida de enumerar, que el picador tal puso tantas varas por cuantas caídas y caballo muerto, y tal otro clavó más ó menos, con la consecuencia invariable de

porrazos y jamelgos fallecidos; estilo ramplón, monótono y que nada explica ni enseña, deseáramos — volvemos á repetir — que tomasen nota de la manera de hacer las suertes á caballo vara por vara, expresándolo todo, aplaudiendo la forma ó censurándolo; eso sería volver por el prestigio perdido del toreo ecuestre é imitar á los revisteros de hace cuarenta años, que sabían fijarse hasta en los puntazos que recibían los caballos, y si éstos morían en la cuarta ó quinta vara, por ejemplo, saliendo el picador nuevamente montado en otro, para continuar la lidia mientras el toro pidiese *pelea*.

Y es que entonces tenía gran mérito picar y grandísimo riesgo, siendo el público tan aficionado al primer tercio de lidia, que es cuando se aprecia la bravura verdad del toro, que conceptuaba que el picador era un artista de tanto mérito como el espada; que si éste recibía una res *parando los pies*, no menos *paraba* el otro, que en pies ajenos *recibía* á la fiera, y en fuerza de puño y destreza, á caballo podía echársela *por delante*, metiendo bien el *palo*, que hacía á veces oficio de estocada.

Porque ser un maestro en la jineta y un brazo de hierro, significaba mucho, y de ello provenía el respeto con que en las cuadrillas se miraba á los buenos picadores que no exigían el *quite*, sino cuando vencidos y expuestos era necesaria la intervención de las capas.

Compárense las garrochas de entonces con las de ahora y se notará la diferencia; éstas son de palo delgado, más cortas y de una puya y un tope, que son una preciosidad; como que cualquiera hace sangre con ellas: las antiguas eran más largas y bastas, más gruesas, pesaban el doble casi; y respecto á puya no se afilaba como ahora, ni el tope tan bonito, sujetándolo con suela y puntillas clavadas para que la cuerda no se desliase. Pues bien; con aquellas vigas se picaba, y los toros llevaban cada brecha en el morrillo, que á veces á pedazos se les caía la carne.

No olvidaremos una opinión de Antonio Pinto, que era un Hércules montado á caballo. Decía, refiriéndose á la garrocha, que más pesaban ocho libras que cuatro, y por consecuencia, más se castigaba á los toros.

No hay ningún picador hoy que tenga brazo para soportar el peso de aquéllas; y téngase presente que Pinto decía lo que había oído á su padre, y de uno en otros picadores pasaba como verdad axiomática.

Entonces, como los toros eran más viejos, sobre el morrillo se les levantaba una *almohadilla*, y ésta cubierta por pelos tan abundantes y enmarañados, que era menester mucha fuerza para horadar la piel, mucho más gruesa que la de estos toritos de ahora de fino cutis. Entrar la puya y una tercia de garrocha no se hacía tan fácil, y apelamos á la opinión de los viejos picadores como el célebre Puerto.

Vergüenza da ver hoy cómo se hace el primer tercio de lidia; los caballos van á la entrega, y poco importa que un contratista se esmere en buen servicio, presentando animales resistentes y de gran alzada. Las cornadas, por regla general, las reciben los caballos bien en el pecho, bien en el codillo derecho, y ya se sabe que no es necesario que penetre mucho el asta del toro para que llegue al corazón y produzca la muerte instantánea. A picadores que así se los dejan matar ¿para qué darles un buen caballo?

En lo antiguo se veían salir las tripas, porque en el vientre recibían las cornadas los caballos cuando podían llegar los toros á hacer carne. Una corrida en que andaban de cabeza jinetes y peones, era cuando los toros sembraban la plaza de caballos muertos á ley, sin entrega alguna, porque ningún picador era tan tonto que quisiera descrismarse porque el gauado, con seis y siete años, luciese más. La caída que produce un toro blando, es como treparse sobre colchón de plumas bajando el cuerpo suavemente; pero caer al encontronazo de un toro que gana la mano y se ceba en el caballo tirando cornadas y elevándolo para despedirlo con toda la fuerza de su poderosa testuz, es como el golpe seco en la sepultura.

Aquí un caballo, allá otro, y otro y otro más allá, rígidos, vacíos, los mozos retirando con los ganchos despojos y más despojos; ¿cuándo se ve esto hoy? A veces los banderilleros en sus *viajes* teniendo que saltar por cima de los caballos muertos; á veces hallándose los espadas que no tenían terreno amplio para trabajar con la muleta, porque un toro se atrincheraba entre dos ó más caballos no muy distantes el uno de los otros; porque hay que tener en cuenta que los caballos morían en la plaza, á cornadas, no á puntillazos en los corrales como ahora, para que resulte que hubo *decoro* para la ganadería, y que llegue nuestro asombro al grado máximo al encontrarnos que dos jacos se arrastraron en seis toros lidiados, y en el corral yace seis ú ocho más que fué conveniente (!) acachetarlos para evitar el costo de la cura de pequeños puntazos...

No es una novedad cuanto exponemos de la infame lidia de hoy en que se hace despreciable caricatura de la suerte de vara; aunque los chicos de la prensa no hayan alcanzado á ver la verdad, el sentido común debía explicársela; porque nosotros creemos que en toda suerte de toreo el móvil es vencer el diestro al toro, burlarle, y si no fuese así, en vez de arte sería barbaridad, y las barbaridades ni deben consentirse ni ser aplaudidas.

Si se admite el principio de que la lidia ecuestre es necesaria porque por medio de ella se para al toro, se le achica de fuerza por la violencia de las acometidas y la pérdida de sangre, convengamos que debe hacerse entonces con conocimiento, desterrando todo lo que sea repugnante y de gran exposición del individuo. El caballo merece, aun por viejo y achacoso que sea, toda la defensa posible, pero no la entrega desde el primer instante. Hoy, si hubiese picadores del mérito de Sevilla, Juan Pinto, Charpa y otros, llegarían si acaso á media docena los caballos que muriesen en la mejor corrida; en la mayoría de éstas con la mitad ha-

TOROS EN MADRID

Corrida á beneficio del Hospital provincial de esta Corte, celebrada el día 28 de Mayo de 1899.

bría suficiente, y en las que el ganado es manso, que hay que porfiarle para que tome varas, estamos seguros que ni caerían aquellos hombres. La dignidad torera podía mucho entonces, y no era tan bobo el público que no protestase de cualquier acto contrario á las buenas prácticas del ejercicio.

Un caballo herido ó muerto fuera de suerte era un escándalo, y para evitarlo los espadas cuidaban de que no se repitiese el lance que hería el prestigio de toda la cuadrilla.

¿Cuántos caballos no mueren hoy abandonados de los picadores y de los mozos al servicio de éstos? ¿Cuántas tardes no vemos ir sueltos los caballos dando vueltas al redondel, sin que para evitar la muerte de ellos se interpongan los espadas y banderilleros distrayendo al toro con los capotes?

¿Qué críticos taurinos, qué revisteros se ocupan de mencionar estas atrocidades en sus escritos, pidiendo la multa para cuantos pudiendo evitar tan indigno espectáculo parecen complacerse en que se repita?

En el próximo artículo nos ocuparemos de otras deficiencias que merecen un correctivo, así como de señalar graves defectos en que incurren los llamados á hacer opinión y purgarla de sus errores.

A. RAMIREZ BERNAL

EN CÓRDOBA

Con gran animación se han efectuado en la plaza de esta capital los días 21, 22 y 23 del corriente, las corridas de feria.

En la primera se lidiaron toros de la ganadería de D.^a Celsa Fontfrede, de los que hicieron buena pelea en todos los tercios tercero y quinto, mostraron voluntad con los jinetes, presentand dificultades, primero y segundo, cumplieron en varas, y acabaron quedados cuarto y sexto.

En la segunda tarde el ganado de Alalid tuvo en general voluntad para la gente montada, acabando bien los toros tercero, cuarto, quinto y sexto, é inciertos los otros dos. El de menos representación fué el segundo, que parecía un becerrete adelantado.

De los seis toros de la marquesa viuda de Saltillo, lidiados en la última corrida, fueron los mejores segundo y cuarto, cumplieron quinto y sexto, se dolió al castigo el primero, y acabó incierto el tercero.

Resumen de la pelea de los toros en el primer tercio en cada una de las corridas.

GANADERIAS	Varas.	Caidas.	Caballos muertos en plaza.	Ídem en los corrales
D. ^a Celsa Fontfrede.....	49	25	9	4
D. José Antonio Adalid..	38	15	8	3
Sra. marquesa de Saltillo.	37	14	3	5
	115	54	20	12

Guerrita. — Ha tenido tres buenas tardes en toda la extensión de la palabra. Ha estado incansable y adornándose en la brega. Con la muleta sus faenas fueron inmejorables, y con el estoque á la altura de su nombre, y muy especialmente en los toros tercero y quinto de la primera corrida, primero de la segunda, y primero y cuarto de la tercera. Banderilleó como él sabe hacerlo el quinto de D.^a Celsa, el quinto de Adalid y el quinto también de Saltillo.

Fuentes. — La diosa fortuna no le fué propicia generalmente; sólo en la muerte de un toro la primera tarde, otro la segunda, y el último que estoqueó en la tercera, estuvo el hombre toreando de muleta con arte, parando y adaptándose á las condiciones de sus enemigos. Pinchando hubo falta de decisión en ocasiones, y en otras entró mejor. En banderillas quedó bien y en la brega estuvo trabajador.

Algabeño. — Con la muleta estuvo deficiente en el tercer toro de la corrida del 22, pero en el sexto de la misma y los dos de la siguiente, toreó con valentía y rematando á ley la mayoría de los pases. Al herir arrancó corto y por derecho en todos sus toros, ejecutando en debida forma la suerte del volapié, y demostrando que es un matador de toros de cuerpo entero. En la brega y quites tapó su hueco.

Resumen del trabajo de los tres espadas.

ESPADAS	Corridas en que actuaron....	Toros que mataron..	Pases de muleta....	Pinchazos.	Estocadas buenas á volapié....	Estocadas defectuosas	Estocadas recibiendo.
Guerrita.....	3	7	96	3	4	2	2
Fuentes.....	3	7	172	16	5	6	2
Algabeño.....	2	4	55	2	3	1	2

Del personal de coleta á las órdenes de los referidos espadas, merecen mención los picadores Molina, en las tres corridas; Carriles y Zurito en la primera; Alvarez en la segunda y tercera, y Badila en la tercera; y los banderilleros Patatero en las tres; Roura en la primera y tercera; Perdigon y Creus en la segunda, y Valencia y Juan Molina en la última.

Bregando, en primera línea, Juan Molina y después Creus, Antonio y en ocasiones el Currinche.

Por fin hemos salido de la dichosa corrida de Beneficencia, y hemos de expresarlo así, con la satisfacción que produce el pensar que se ha salido de un mal negocio, porque la suso dicha corrida hace ya mucho tiempo que es un mal negocio, si no por los rendimientos que produce, y que quisiéramos fuesen mayores todavía, por el fin caritativo á que se destinan, por la organización de la fiesta, que es un semillero de discordias, un cúmulo de desaciertos y una manifestación de desahogos y de imposiciones de lo más vergonzoso que pueda imaginarse.

Todos los años se libran verdaderas batallas para la organización de esta fiesta, en la que no debían dominar más notas que las del desprendimiento y del desinterés y sin embargo, son las que no parecen por ninguna parte. Cada diputado provincial de la Comisión se convierte en un señor de horca y cuchillo, y á consecuencia de las exigencias de los unos y de los caprichos de los otros, las sesiones en que se trata de este asunto pasan á ser una sucursal de la Plaza de la Cebada. Y es claro, con semejante batahola y con tal renidero de gallos, los acuerdos que al fin se adoptan, son siempre los peores y los más desatinados.

Esto como de costumbre se ha repetido en el presente año de gracia, y después de infinitos acuerdos, dudas, vacilaciones y planchas, y de adquirir la cosa la categoría de una verdadera obra de romanos, por lo que atañe á la elección del ganado, hemos venido á parar á lo acostumbrado, ó lo que es igual, á lo más descabellado que podía decidirse, como es la designación de ocho toros de la ganadería de Veragua, que el público está ya harto de verlos, no sólo en temporadas anteriores, sino en esta misma, y cuyo resultado cada día va siendo más desastroso.

La cuestión de los billetes ha sido otro de los puntos que han metido bastante ruido; pues mientras muchas personas se han quedado sin ellos, diputado provincial ha habido (según dicen), que ha necesitado localidades por valor de 6.000 pesetas para pasarlas á manos de los revendedores. ¿Y qué ha resultado? Que como el cartel era flojo por parte del ganado, á la hora de empezar la fiesta había mucho papel en manos de la reventa, y en los últimos momentos se han adquirido localidades por menos de su precio.

En estas condiciones, con el circo adornado *curismente* con bastante ramaje verde (¡color que tira mucho á los Sres. Diputados!), y aunque son mucha gente poco animada, dió comienzo á las cuatro la intestina fiesta provincial, haciéndose el paseo de rúbrica y colocándose la gente en sus respectivos puestos.

¡Ah! Y habiéndose escapado en el encierro uno de los ocho animalitos que venían á divertirnos, fué sustituido por otro de la misma ganadería, perteneciente á la empresa. ¡Tanto monta! Con lo que doy pasó al veragieño

1.^o **Perlito;** negro bragado, muy fino, recogido de cuerpo, pero con romana, bien criado, apretado y corto de cuernos, y astillado del izquierdo. Doliéndose al castigo, de Zurito y Molina aceptó seis puyazos, á cambio de dos caídas y un caballo muerto. Aplomado en banderillas, Patatero cogió de primeras un par de lujo, cuarteando, superior, y luego dejó medio regular, y Juan cumplió con otro medio al sesgo, bueno.

Y quedado y desarmado al herir, Guerrita, de azul y oro, previos dos pases naturales, uno ayudado y dos redondos, clava una estocada á volapié, tendida y atravesada; cinco naturales y tres con la derecha, para un volapié, superior. (Queda el público debiéndole algunos aplausos al diestro.)

2.^o **Zapatero;** jabonero claro, bragado, fino, buen mozo, sacudido de carnes y abierto y veleta de cuerna. Reverte le salda con tres verónicas, parando. Apretando al principio y terminando por volver la cara y mansear, de Melones, Agujetas y Molina, tomó cinco varas, por dos caídas y otros tantos caballos. Quedado y defendiéndose en palos, Currinche, de Sevilla, después de dos pasadas, sobaquilleó un par bueno, y luego, al cuarteo, clavó otro superior; y el Barquero metió entre ambos otro al relance, bueno. Con facultades al final, Reverte, de verde manzana y oro, muleta con tres naturales y cuatro ayudados, para una corta á volapié, ida; dos naturales, dos con la derecha, tres ayudados y dos cambiados, para una estocada á volapié, ida y atravesada.

3.^o **Deserto;** berrendo en negro, aparejado, salpicado, botinero, de buen tipo, bien criado, fino y limpio y abierto y afilado de puntas. Muy voluntario en el primer tercio, de Torres. Cigarrón y Alvarez, tomó siete picotazos, originando cinco tumbos y matando tres caballos. Distruido en banderillas, Malaver tiró cuatro palos seguidos, de los que uno solo clavó en el toro, y luego, á la media vuelta, dejó un par desigual, y Pulga de Triana cumplió con medio al cuarteo, caído, y uno al sesgo desigual. Y acudiendo en muerte, Bombita, de plomo y oro, tras nueve naturales y dos ayudados, señala á volapié un pinchazo bajo sin soltar; tres naturales y una estocada á volapié, con tendencias, y un descabello al segundo golpe.

4.^o **Manguito;** negro, cerrado de bragas, muy fino, buen mozo, bien criado, largo y caído y vuelto de armas. Tonto en varas y algo resentido de salud, de Alvarez y Badila tomó seis, por un porrazo y un caballo difunto. Acudiendo en banderillas, Rodas clavó un par bueno y medio pasado, y Sevillano otro entero, bueno, todo al cuarteo. Y tonto en muerte, Algabeño, de verde y oro, con tres pases naturales, otros tantos con la derecha y uno ayudado, entra al volapié, dejando una estoca ida y pasada. (Aplausos.)

5.^o **Guerrita;** berrendo en negro, salpicado, capirote, botinero, largo y estrecho, bien criado y abierto y prolongado de defensas. Voluntario, aunque reservándose algo en el primer tercio, se acercó seis veces á Molina y Zurito, desmontándolos en tres y matando un caballo. Tonto en banderillas, el público pidió que parease Guerrita, y accediendo éste, colocó uno tras otro tres pares, al cuarteo, al relance y cambiándose de lado, verdaderamente superiores, y cuyos hierros quedaron casi juntos en la circunferencia de un duro

y los palos con matemática simetría, colgando tres á cada lado del morrillo. ¡Pues bien, hasta parece que le aplaudían á regañadientes! Reservón y huyéndose en muerte el *Guerrita* toro, el Guerrita torero le recogió con cinco muletazos al natural y otros tantos con la derecha, y entrando al volapié, dejó una estocada superior. (¿Aplausos? ¡Guardémoslos para el Zapatilla y consortes!)

6.^o **Corchero;** ensabanado, salpicado, capirote, botinero, fino, pequeño, bien criado, un tanto lisiado y corto y abierto de pitones. Creciéndose al castigo, achuchó siete veces á Agujetas y Melones, derribándolos dos y separándolos de cuatro jacos. Incierto en palos, Revertito, después de caer delante de la cara del toro, con exposición, cuarteó un par desigual y sesgó medio delantero, y el Barquero dejó medio á la media vuelta, pasado, y uno de sobaquillo, desigual. Bueno en muerte, Reverte quiso cedérselo á su sobrino, no permitiéndolo la presidencia, y con seis pases naturales, cuatro con la derecha y tres ayudados, lo mandó al desolladero de una estocada á volapié, ida y tendida.

7.^o **Airoso;** cárdeno obscuro y bragado, chorreado, salpicado de los cuartos traseros, fino, bien criado, recogido de cuerpo, de bonito tipo y abierto y caído de armadura. Muy voluntario en varas, de Cigarrón y Torres aguantó nueve, por un vuelco, con caballo roto. Bueno en banderillas, Ostoncico cumplió con par y medio, al cuarteo, por lo mediano, y Pulga de Triana con uno en corto, delantero y medio aprovechando. Y bueno al final, Bombita, previos seis pases naturales, uno ayudado y dos redondos, clavó una estocada á volapié, algo ida, á la que siguió un descabello de ballestilla. (Aplausos.)

8.^o **Malagueño;** jabonero sucio bragado, lucero, fino, buen mozo, sacudido de carnes y apretado y adelantado de puas. Bomba quiebra de rodillas para los *isidros*, pues aquí vimos la *trampita*; después de lo cual, el toro se acerca con bravura y codicia á Badila y Alvarez seis veces, haciéndolos rodar en cuatro, y matando dos caballos. Bueno en banderillas, Perdigon salió del paso con par y medio, y Currinche de Madrid con un par, todo al cuarteo, y de lo más mediano posible; y lo mismo en muerte, Algabeño, con tres naturales, uno con la derecha, otro ayudado y otro de pecho, clavó una buena estocada á volapié que terminó el expediente.

RESUMEN

De los toros de Veragua, nada podemos decir que no lo hayamos repetido en muchas ocasiones. Tan variados de pinta como de costumbre; tan bien criados como ya es sabido; tan finos como por lo general suelen presentarse, y tan bonitos como siempre, en cuanto á presentación sigue marchando la ganadería en las avanzadas de las principales de España. Pero en cuanto á condiciones de lidia, ya es harina de otro costal; los de ayer, á pesar del reclamo de ser escogidos, como los de otras muchas corridas, han cumplido unos y han dejado de cumplir otros en el primer tercio; pero al salir de él, los de otras muchas corridas como los de ayer, se ha acabado el toro y se ha trocado en el poste ó marmolillo, que impide toda clase de lucimiento en el lidiador, y desarrolla el cansancio y el aburrimiento en la concurrencia. Así fué ayer, y así será hasta que los manes de la afición se apiaden de nosotros.

Guerrita. — Su trabajo en el primero fué tranquilo, sereno, parado y ceñido; la primera parte superior; luego, para igualar, cosa que resultaba difícil en el toro. Entró bien á matar las dos veces. En el quinto, harto hizo con su jetar bien al bicho que estaba hecho un buey, y trasteó con inteligencia, si no con lucimiento. Aprovechó la primera ocasión en que cuadró entrando muy bien. La faena de banderillas superior, sin adornos ni floreos, pero á conciencia y castigando. En lo demás, cumplió con exceso, á pesar de lo que el público, respecto á aplausos, actuó de *gran tacaño*. ¡No es raro; está el público ó el pueblo actuando de tantas cosas!

Reverte. — En el segundo, la brega excesivamente movida y de pitón á pitón, como para marear al toro. Entró á matar cuarteando siempre, echándose fuera y hasta con vacilación. En el sexto, con la muleta apático y como de mala gana, y entrando á matar desde respetable distancia.

Bombita. — En el tercero, nada de particular con el trapo, pues aunque estuvo fresco, no se acercó y paró poco vulgaridad, en fin. Se cuarteó al entrar á matar. En el séptimo aceptable con la muleta, con la que intentó adornarse á su estilo, prestándose poco á ello el bicho. Entró bien á matar.

Algabeño. — Estuvo confiado y valiente en el cuarto, que era lo único que se podía exigir á un toro de tan insulsas condiciones. Entró á matar con coraje, sí, pero contra lo que acostumbra, se cuarteó bastante, resultándole, como es consiguiente, la estocada defectuosa. En el último, por el contrario, apeló con el trapo á efectos de relumbrón, sin necesidad alguna, y entró muy bien á matar.

Y nada más. Buena la entrada, bien la presidencia y fresquita la tarde. Y digan lo que quieran las crónicas, la corrida benéfica de este año ha sido una de las más ramplonas de las de su clase. ¡Como que se organizó entre miserias! Pero en fin, ayer ya hemos cumplido con la caridad. Cumplamos hoy con las glorias nacionales, y como españoles con decoro.

D. CÁNDIDO.

Balance teatral de 1898-99, por José de Lace. — Madrid, tipografía Herres, 1899.

El distinguido crítico taurino y teatral, Sr. Núñez de Ceta, ha reunido en un volumen elegantemente impreso, y de 166 páginas, unas curiosas notas acerca de las obras estrenadas en los principales teatros de Madrid durante la temporada última. Es un trabajo de indudable mérito, pues además de sintetizar el juicio que cada producción ha merecido al público, hace por cuenta propia observaciones y consideraciones muy atinadas, que prueban la competencia del autor en la materia. Por si esto no fuera bastante, ilustran la obra profusión de magníficos grabados de artistas y autores, y toda ella está escrita con una corrección y amenidad no siempre compatibles con este género de trabajos.

Es de éxito seguro, y por ello, y por considerarla como precedente para años sucesivos, felicitamos á su joven y aventajado autor.

Imp. y Lit. de J. Palacios. Arenal, 27. — Madrid.

LA LIDIA



Estab. Tipográfico.

ANTONIO FUENTES

J. Palacios. Arenal, 27.